

Azucarera Montañesa-Lechera Montañesa (Torrelavega, Cantabria): fracasos industriales, gran valor patrimonial

Azucarera Montañesa-Lechera Montañesa (Torrelavega, Cantabria): industrial failures, great heritage value

Gerardo J. Cueto Alonso

Profesor Contratado Doctor. Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio, Universidad de Cantabria



Fecha de recepción: 19 de noviembre de 2019

Fecha de aceptación: 28 de febrero de 2020

Resumen

En 2019 el Gobierno de Cantabria incoó expediente para la declaración del edificio de La Lechera de Torrelavega como Bien de Interés Cultural con la categoría de monumento. El objetivo de este estudio es profundizar en la historia de este relevante edificio centenario y establecer su valoración patrimonial. Desgraciadamente no se ha conservado mucha documentación acerca del edificio y sus sucesivos propietarios en los archivos históricos, por lo que se ha recurrido a la consulta de la prensa diaria para suplir esa carencia. Su historia industrial comenzó en 1899 como fábrica de azúcar de la mano de la Azucarera Montañesa. Tras dos décadas en funcionamiento la fábrica cerró sin alcanzar los objetivos previstos inicialmente. En 1926 el edificio se rehabilitó y transformó en fábrica de leche condensada y derivados lácteos por su nueva propietaria la Sociedad Lechera Montañesa. Tras varios años de abandono, en 1985 el edificio se acondicionó como sede de la Feria de Muestras de Cantabria. Una vez que cesó la actividad ferial, el edificio carece de un uso continuado, si bien hay varios proyectos para su rehabilitación con fines culturales.

Palabras clave: Patrimonio industrial. Industria azucarera. Industria lechera. Feria de muestras. Cantabria.

Abstract

In 2019, the Government of Cantabria initiated a file for the declaration of the La Lechera de Torrelavega building as a Cultural Asset with the category of monument. The objective of this paper is to know the history of this relevant centenary building and establish its equity valuation. Unfortunately, not much documentation has been kept about the building and its successive owners in the historical archives, so the daily press has been consulted. Its industrial history began in 1899 as a sugar factory by the Azucarera Montañesa. After two decades of activity, the factory closed without reaching the initially planned objectives. In 1926 the building was rehabilitated and transformed into a factory of condensed milk and dairy products by its new owner the Sociedad Lechera Montañesa. After several years closed, in 1985 the building became the headquarters of the Cantabria Trade Fair. Once the fair activity is finished, the building lacks continued use, although there are several projects for its rehabilitation for cultural purposes.

Keywords: Industrial heritage. Sugar industry. Dairy industry. Trade fair. Cantabria.



Gerardo J. Cueto Alonso

Doctor en Geografía por la Universidad de Cantabria (2002), en la que es Profesor Contratado Doctor en el Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio, impartiendo docencia en los grados en Geografía y Ordenación del Territorio e Historia y los másteres en Recursos Territoriales y Estrategias de Ordenación y Patrimonio Histórico y Territorial. Ha sido director del Centro de Estudios Rurales de Cantabria. Sus investigaciones se han centrado en el campo de la Geografía Histórica y especialmente en el patrimonio industrial y minero de Cantabria. Miembro de la junta directiva de The International Committee for the Conservation of the Industrial Heritage (TICCIH-España) ocupando actualmente la vicepresidencia. Es coordinador científico junto a la profesora Pilar Biel de la exposición “100 Elementos del Patrimonio Industrial en España” organizada por esta asociación.

Contacto: gerardo.cueto@unican.es

1.- Introducción

El 28 de agosto de 2019 se publicaba en el Boletín Oficial de Cantabria “la incoación de expediente para la declaración de la antigua fábrica de La Lechera, en el término municipal de Torrelavega, como Bien de Interés Cultural, con la categoría de monumento”, tras el acuerdo adoptado por la Comisión Técnica de Patrimonio Científico y Tecnológico en mayo del mismo año, “considerando que el conjunto arquitectónico de la Antigua fábrica "La Lechera" representa claramente la tipología de edificios industriales, que se construyeron en la mitad norte de la Península Ibérica y así mismo, constituye un testimonio de los orígenes del desarrollo industrial en Cantabria durante el siglo XIX y principios del XX. La edificación simboliza la primera industrialización de Torrelavega, que propició el comienzo de un cambio productivo en la agricultura y ganadería cántabra, asociado a la producción de elaborados del sector lechero” (*Boletín Oficial de Cantabria*, 28 de agosto de 2019).

Sin duda, este anuncio era altamente esperado, por cuanto uno de los edificios industriales más destacados de Cantabria, que incluso fue uno de los cuatro elegidos por TICCIH-España para la exposición 100 Elementos del Patrimonio Industrial en España, carecía de cualquier tipo de protección oficial (Cueto Alonso, 2011:152).

Por tanto, parece oportuno recordar en este momento la historia de este edificio industrial y su valoración patrimonial, dos circunstancias un tanto paradójicas. Su vida industrial estuvo llena de sobresaltos, de manera que ninguna de las dos empresas que utilizaron sus instalaciones, una fábrica azucarera en 1899 y una lechera en 1927, por diferentes circunstancias no pudieron prolongar su actividad durante mucho tiempo. Por el contrario, la integridad y autenticidad del edificio lo sitúan como un elemento referente del patrimonio industrial de Cantabria.

2.- Primera etapa industrial: Azucarera Montañesa

La constitución de una empresa azucarera en Cantabria se enmarca en la denominada “fiebre azucarera” que vivió España a finales del siglo XIX y especialmente a raíz de la pérdida de las colonias antillanas en 1898 (Baraja Rodríguez, 1994: 60). Un mercado extraordinariamente protegido permitió el crecimiento del sector azucarero, pero lo hizo de un modo desordenado de manera que a la altura de 1902 se habían instalado en España 49 fábricas remolacheras, pese a que el consumo de azúcar en el país era aún muy bajo y notablemente inferior al de otros países europeos (Casado Bellagarza, 2015: 425).

En la ciudad de Santander el impacto social y económico del desastre colonial fue especialmente profundo. Su actividad portuaria, que dependía en gran medida del tráfico ultramarino, había decaído en el último cuarto de siglo una vez perdido el monopolio del comercio de harinas con América, pero la independencia de las colonias iba a certificar definitivamente el cierre de una etapa de bonanza.

Los nuevos tiempos económicos que se abrían obligaban a la burguesía santanderina a encontrar nuevas actividades para invertir el capital acumulado en los años previos y revitalizar de esta manera el tráfico portuario (Ortega Valcárcel, 1986: 65-66). La minería del hierro, que gozaba de un periodo de auge en la provincia, y la industria fueron los sectores predilectos para la inversión (Cueto Alonso, 2006). Sobre esta segunda actividad la prensa santanderina daba cuenta casi simultáneamente de dos proyectos que se estaban

gestando en oficinas comerciales de la ciudad: una nueva compañía siderúrgica que pretendía construir unos altos hornos en la provincia y una empresa azucarera que aprovecharía la interrupción del suministro del producto antillano para establecer una fábrica. Desde luego, no resultaba extraño que la burguesía local se fijara en un sector bien conocido en Santander por cuyo puerto se recibía desde hacía décadas el azúcar antillano; un negocio en el que también tuvieron intereses numerosos indianos regresados desde Cuba en los años previos.

En noviembre de 1898 José María González Trevilla, conocido industrial harinero de la provincia, convocaba en la sede del Banco de Santander a más de cuarenta capitalistas y comerciantes santanderinos para comunicarles su proyecto de establecer una fábrica azucarera a gran escala a partir de la remolacha, emulando a otros proyectos que en aquellos meses se estaban poniendo en marcha en varias localidades del norte peninsular (*El Correo de Cantabria*, 11 de noviembre de 1898).

El proyecto fue muy bien recibido por la concurrencia, de manera que antes de que concluyera el año se constituía la denominada Azucarera Montañesa con un capital social de 2.500.000 pesetas. Su Consejo de Administración quedó conformado de la siguiente manera: presidente Guillermo Yllera Tejedor; vicepresidente Benito Corral Ezquerra; secretario Antonio de Huidobro y Ortiz de Zárate; y vocales José María González Trevilla, Leopoldo Cortines Sánchez, Dámaso Aja Fernández y Bonifacio Alonso Bedia (*AHPC*, Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 131). Todos ellos eran bien conocidos en el mundo de los negocios y reflejaban el doble origen del capital santanderino en aquellos momentos: el mercantil, vinculado a los negocios harineros y portuarios, y el indiano, repatriado antes de la pérdida de las colonias.

Tras estudiar las propuestas recibidas, el Consejo de Administración contrató el suministro de maquinaria con la casa Carion Delmotte, de Anzin (Francia), que se comprometía a tener en funcionamiento la fábrica a primeros de octubre del año siguiente, es decir, coincidiendo con las fechas de inicio de la zafra (*La Atalaya*, 19 de diciembre de 1898). La maquinaria que se iba a montar permitiría la molienda diaria de 400 toneladas de remolacha, que, en una temporada de cien días, sumarían 40.000, de las que, teniendo en cuenta el rendimiento sacárico previsto, podría producir unas 4.000 de azúcar (*El Cantábrico*, 11 de diciembre de 1898).

En enero de 1899 comenzó la construcción de la fábrica en la finca de Alisar, en Torres, un núcleo próximo a la ciudad de Torrelavega, aunque dentro de los límites de su término municipal. El terreno, que había sido ofrecido a la sociedad por González Trevilla, tenía tras de sí un importante carácter simbólico, por cuanto allí se instaló a finales del siglo XVIII la primera fábrica de Torrelavega, la de hilados del Duque del Infantado (Sánchez Gómez, 1995: 268).

La elección del emplazamiento era idónea para una fábrica azucarera. El municipio de Torrelavega contaba con amplias extensiones de terreno apropiadas para la siembra de remolacha. La fábrica se ubicaba en la margen derecha del río Saja-Besaya, lo que garantizaba el abastecimiento de agua. La línea del Ferrocarril Cantábrico cerraba de la finca por el Sur, lo que aseguraba el suministro por vía férrea de materia prima proveniente de toda la franja costera de Cantabria e incluso, gracias a que la línea del Ferrocarril de Norte también discurría por el municipio, de las comarcas interiores.

Asimismo, la proximidad a la ciudad de Torrelavega facilitaba el reclutamiento de mano de obra.

La fábrica (Ilustración 1) constaba de un edificio principal, donde se desarrollaba el proceso productivo compuesto de tres cuerpos o compartimentos llamados de difusión, torre de filtros y casa de azúcar. La remolacha acopiada en los silos del recinto fabril que había sido previamente pesada, bien en las básculas del centro de recepción, bien en la propia fábrica, era conducida por medio de un canal y ayudada por la acción del agua hasta el edificio principal. Aquí se iniciaba el proceso productivo propiamente dicho con el lavado de la raíz para la eliminación de impurezas como tierras y pequeñas piedras (*La Producción Montañesa*, 26 de noviembre de 1903). Una vez lavada se procedía a su trituración; por medio de molinos corta-raíces la remolacha era reducida a delgadas y alargadas tiras. El siguiente paso era la extracción del jugo mediante la difusión, que consistía en su cocción a una temperatura entre 65 y 75 grados para extraer el azúcar contenido en el interior de las células de remolacha. En este punto se obtenía la pulpa que, debidamente secada, podía pasar al almacén para su envasado y puesta en el mercado, preferentemente para alimentación del ganado. Seguidamente se procedía al tratamiento del jugo por la acción de la cal (defecación), para neutralizar los ácidos y coagular las albúminas, y el ácido carbónico (saturación o carbonatación), que finalizaba la depuración. Posteriormente el jugo se sometía a una filtración haciéndolo pasar a través de negro animal. El siguiente paso era la evaporación del jugo para que el jarabe resultante perdiera un 70 u 80 % de su agua, que se conseguía en unos aparatos denominados tachas. Seguidamente el jarabe se cocía para consumir la cristalización lenta mediante reposo o hasta el punto de cristalizar en la misma caldera. Mediante centrifugación se realizaba la separación del azúcar cristalizado, obteniéndose en el proceso las diferentes calidades de azúcar y como subproducto la melaza, empleada corrientemente para la elaboración de alcohol industrial o levadura. Ambos productos se llevaban finalmente hasta los almacenes por medio de una galería que comunicaba con el edificio principal. El azúcar se presentaba en el mercado en calidades diferentes que eran conocidas como Pilé grueso, Pilé fino, granulados G1, G2 y GF, y centrifugas 1ª y 2ª¹.

Adosados al edificio principal estaban los de calderas, con seis artefactos construidos por La Maquinista Terrestre y Marítima, con chimenea y conductor de humos, el horno de cal, las oficinas y laboratorios y el taller de reparaciones. En un edificio exento se ubicaba el almacén de azúcar y melazas unido al principal, como indicamos, por medio de una galería. Asimismo, dentro de la finca se edificaron otras construcciones anejas, como los silos para la remolacha, un calero auxiliar, un pozo de aguas potables, los depósitos de pulpas, la báscula, tres puentes para vagones ferroviarios y carros, así como las vías y apartaderos que comunicaban la fábrica con la línea del Ferrocarril Cantábrico (*AHPM*, Notario Bruno Pascual Ruilópez, Protocolo 42542, Número 247). En Torrelavega no fue necesaria la construcción de viviendas para directivos y obreros de la fábrica, como era habitual en otras azucareras españolas, debido a que, entendemos, el personal no tenía dificultad para encontrar alojamiento en el núcleo urbano próximo.

¹ Para conocer con detalle este proceso puede consultarse Fuertes Arias (1902: 425) y más detalladamente Sánchez Sánchez (2014: 50-51) y Candela, Castillo y López García (2002: 103-105).



Ilustración. 1 Azucarera Montañesa. Circa. 1900. Archivo Municipal de Torrelavega, IMAG0060, BUE Álbum 01, 056.

En los primeros meses la Azucarera Montañesa puso en marcha una activa campaña de propaganda entre el campesinado cántabro con el fin de convencerle de la superior rentabilidad económica del cultivo de la remolacha frente a otros más conocidos por los labradores como el maíz. Con este fin repartió entre ellos un breve folleto titulado *Instrucciones para el cultivo de la remolacha en el actual año agrícola de 1899*, donde se explicaban las labores y cuidados que exigía el nuevo cultivo y se comprometió durante el primer año a suministrar al campesino gratuitamente la semilla, los abonos químicos y, si fuera necesario, algún apero, a garantizar un precio de compra equiparable al valor de la cosecha de maíz y alubias y a entregar a los campesinos la pulpa que quedaba como residuo de la fabricación para la alimentación de su ganado (*El Aviso*, 14 de enero de 1899). Como era costumbre en otros lugares de España, el cultivo se hacía bajo contrato, de manera que el campesino sabía que toda su producción iba a ser adquirida al precio pactado con la azucarera (Baraja Rodríguez, 1994: 50-51)

El 4 de diciembre de 1899 la fábrica fue inaugurada y bendecida con la presencia de las autoridades civiles, militares y religiosas de la provincia junto a los miembros del Consejo de Administración de la sociedad (*La Atalaya*, 5 de diciembre de 1899). En la primera campaña pudo moler algo más de 10.000 toneladas de remolacha para obtener 900 toneladas de azúcar. Sin duda, era un inicio alentador, si bien no se habían podido captar tantos labradores como se esperaba debido a la premura de tiempo. En la segunda campaña los resultados fueron más fructíferos, por cuanto casi se alcanzan las 20.000 toneladas de remolacha recibida en la fábrica. Sin embargo, aquello fue un espejismo, ya que nunca más se volvió a alcanzar esa cifra en la historia de la fábrica.

Las zafras de los años posteriores fueron decepcionantes, ya que apenas entraban en la fábrica 10.000 toneladas de remolacha. Este descenso estaba motivado por el reducido número de agricultores que la cultivaban en Cantabria, que se limitaban a la zona costera próxima a Torrelavega, la comarca de Trasmiera y en torno a Santa Cruz de Bezana; los

agricultores de la zona occidental, que habían iniciado con interés su cultivo, lo abandonaron ante el elevado precio del transporte por mar, al no estar concluida la prolongación del Ferrocarril Cantábrico hacia Asturias.

Esta escasa producción condicionaba el futuro de la fábrica, por cuanto, como hemos señalado, los competidores en el sector habían aumentado de una manera exponencial. Si durante la primera zafra había en España 24 fábricas remolacheras, tres años más tarde la cifra se había duplicado, por lo que la capacidad de molturación de las azucareras españolas era de casi 200.000 toneladas, más del doble de las necesidades del consumo nacional (Martín Rodríguez, 1987: 302).

Para reestructurar el sector azucarero se constituyó en 1903 la Sociedad General Azucarera de España, cuyo objetivo era agrupar las fábricas del sector en una única empresa que al menos acaparara el 90 % de la producción nacional, lo que eliminaría la competencia e introduciría cierta racionalidad en la producción de cada una de ellas (Baraja Rodríguez, 1994: 75). Se trataba en definitiva de crear un trust que monopolizara la producción de azúcar en España, si bien con ello tendría que cerrar las fábricas menos rentables y obsoletas, redistribuir la producción e intentar la exportación de azúcar, para lo que contaba con el apoyo gubernamental (Martínez Soto y Rosado Cubero, 2017: 2). En Junta general extraordinaria de 14 de marzo de 1903 los accionistas de la Azucarera Montañesa autorizaron aportar la fábrica al trust. En total se adhirieron 46 fábricas, si bien aún quedaban más de una decena libres, lo que a la larga supondría un grave inconveniente para lograr los objetivos pretendidos por la nueva sociedad.

La constitución del trust azucarero se observó con mucho recelo, como era previsible, en la opinión pública de Cantabria, por cuanto circulaba el rumor de que tenía la intención de dejar activas tan sólo las fábricas andaluzas y aragonesas, que eran las que obtenían una mayor producción y unos mejores rendimientos (*El Cantábrico*, 14 de junio de 1903). Aunque la intención de cerrar de la fábrica no era explícita, las condiciones que imponían los nuevos propietarios a los agricultores complicaban su futuro, por cuanto demandaban la contratación de grandes extensiones de tierras para el cultivo, que no se habían alcanzado hasta entonces, y prescindían de su transporte por ferrocarril desde puntos lejanos para abaratar costes. Las tres primeras campañas bajo la dirección de la Sociedad General Azucarera fueron desesperanzadoras, no sólo no se había reactivado el cultivo de remolacha en la región, sino que incluso su superficie había disminuido con respecto a los primeros años².

En 1909 la Sociedad General Azucarera anunció la reducción de la producción de azúcar en España, ya que excedía con creces las necesidades del mercado. La fábrica de Torrelavega fue una de las afectadas por esta decisión; prácticamente fue un cierre de facto, por cuanto el precio ofertado por la remolacha fue tan extraordinariamente bajo que muchos campesinos optaron por abandonar el cultivo, con el resultado de una reducción notable de la producción (*El Cantábrico*, 16 de febrero de 1909).

Los peores augurios se plasmaron en los primeros días de 1914 cuando el Consejo de Administración de la sociedad anunció la clausura de la fábrica de Torrelavega. El año anterior había accedido a la presidencia Joaquín Sánchez de Toca con un programa claro:

² En otras fábricas del Norte también se apreciaba la reticencia del campesinado a adoptar el cultivo de la remolacha, como en las gallegas de Portas y Padrón y la asturiana de Lieres, que cerrarían en los años siguientes (Quirosa García, 2018).

reducción del precio de la materia prima, reducción de los gastos de fabricación, desgravación del impuesto y regulación de la producción y del mercado interior (Ceballos Teresí, 1914: 60), lo que implicaba la reducción de la capacidad instalada en España. La fábrica torrelaveguense no había conseguido superar sus problemas estructurales, ya que, pese a un apreciable aumento de la producción, el área de cultivo de la remolacha en la región continuaba siendo muy escasa.

Tras permanecer cerrada durante dos años, gracias a la interlocución de los diputados provinciales con los consejeros de la General Azucarera, en noviembre de 1916 la fábrica fue reabierta. No obstante, tras tres decepcionantes campañas la fábrica cerró sus puertas definitivamente al finalizar la zafra de 1918-19. Fue, en definitiva, su canto de cisne; nunca pudo sobreponerse a la reiterada falta de materia prima para poder trabajar normalmente, por lo que siempre tuvo su continuidad pendiente de un hilo.

En julio de 1920 los principales periódicos locales, y algunos madrileños, publicaron el anuncio de la venta de “los terrenos y edificios de los que fue la Azucarera Montañesa en Torrelavega en el estado que se hallan actualmente”. Aunque la prensa local informó al poco tiempo su adquisición por un conocido ingeniero extranjero, no fue hasta noviembre de 1926 cuando la venta se formalizó. Los nuevos propietarios dedicarían el recinto fabril a una nueva actividad industrial mucho más asentada en la provincia y a la que se auguraba un halagüeño futuro: la producción de derivados lácteos.

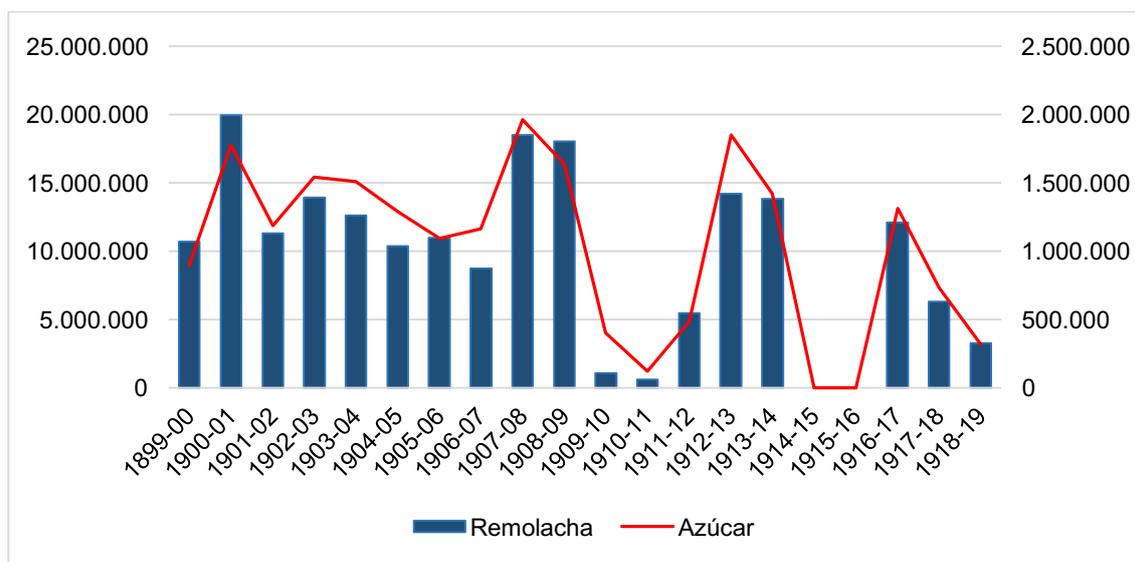


Gráfico 1. Remolacha entrada en fábrica y producción de azúcar, 1899-1919, en kilogramos. Fuente: elaboración propia a partir de DIRECCIÓN GENERAL DE ADUANAS: *Producción y circulación de azúcares, achicoria y alcohol industrial (1899-1919)*.

3.- Segunda etapa industrial: Lechera Montañesa

Torrelavega se había convertido en un importante centro industrial de transformación lechera desde que en 1904 se instalara en la ciudad La Universal Exportadora con el objeto de enviar leche en vagones refrigerados a Madrid, para lo que instaló una central receptora y de refrigeración, que acabó en completo fracaso. En 1916 la Sociedad de Industrias Lácteas comenzó la producción de mantequilla, quesos, leche condensada y otros derivados lácteos. La mayor empresa del sector, la Granja Poch, también comenzó su actividad en la ciudad ese mismo año con el objeto de enviar leche pasteurizada a

Madrid por medio del ferrocarril en cisternas isoterma, si bien al poco tiempo también se dedicó a la transformación, especialmente de mantequilla y quesitos en colaboración con la casa francesa Gervais (Casado Cimiano, 2000: 124-139).

En abril de 1926 daban comienzo las obras de acondicionamiento de la vieja azucarera para instalar la nueva fábrica de derivados lácteos bajo la razón Sociedad Lechera Montañesa. La nueva empresa se había constituido en Barcelona con un capital social de 5.000.000 pesetas, “que ha sido cubierto por la Compañía Azucarera Peninsular y otros elementos, casi todos fabricantes de azúcar” (*El Cantábrico*, 27 de abril de 1926). Su consejo de administración estaba formado por reconocidos industriales catalanes y cántabros, representando a la banca española y a la Compañía de Industrias Agrícolas, propietaria de la Compañía Azucarera Peninsular: presidente Pablo de Garnica; consejero delegado José Suñol; vocales, el Marqués de Cortina, Jaime Carner, José Garí Jimeno, Isidoro del Campo Fernández Hontoria, Estanislao Abarca Fornés, y Antonio Bordas (*El Cantábrico*, 25 de mayo de 1926). Su constitución debe enmarcarse en un contexto de alta protección arancelaria a productos como la leche condensada, que habría de ser la principal línea de producción de la nueva fábrica.

En enero un inspector de la empresa se había trasladado a Cantabria para estudiar el aprovisionamiento de leche para la futura fábrica, y así evitar los problemas estructurales de abastecimiento que tuvo la azucarera. La respuesta fue positiva, por cuanto recibió numerosos ofrecimientos de importantes ganaderos de la región (*El Cantábrico*, 26 de enero de 1926). Este éxito no debía extrañar, por cuanto la ganadería de la región estaba plenamente orientada hacia el vacuno de leche gracias al impulso dado tras la instalación de la fábrica de Nestlé en La Penilla de Cayón en 1905 (Corbera Millán y Sierra Álvarez, 2007).

Tras siete de años de inactividad, los trabajos de rehabilitación del edificio fabril se prolongaron más de lo esperado, ya que requirieron obras de cierta importancia como, por ejemplo, la modificación de la altura de algunas naves, aparte de la reasignación de espacios interiores a los nuevos usos (Ilustración 2). No obstante, en octubre ya se estaba instalando la maquinaria que había sido adquirida “en los más reputados centros fabriles de Suiza, Alemania e Inglaterra” (*El Cantábrico*, 15 de junio de 1926). Asimismo, para la organización de la producción se había reunido a “expertos técnicos procedentes de las más importantes fábricas similares de aquellos países que marchan a la cabeza de este género de industrias” (*Mundo Gráfico*, 6 de octubre de 1926), como Andrés Chappuis, ingeniero-director de la fábrica, y Jorge Opprecht, gerente. Desde luego, para la nueva empresa era imprescindible contar con la maquinaria más moderna y con un cualificado equipo técnico por cuanto tenía que competir en el mercado frente a la potente empresa suiza Nestlé, que también fabricaba leche condensada y harina lacteada en La Penilla, distante apenas veinte kilómetros de la fábrica de Torrelavega. Una competencia que tenía su correlato en la captación de ganaderos para lograr el suministro de la cantidad de leche necesaria, ya que el área de recogida de ambas necesariamente tenía que colisionar.

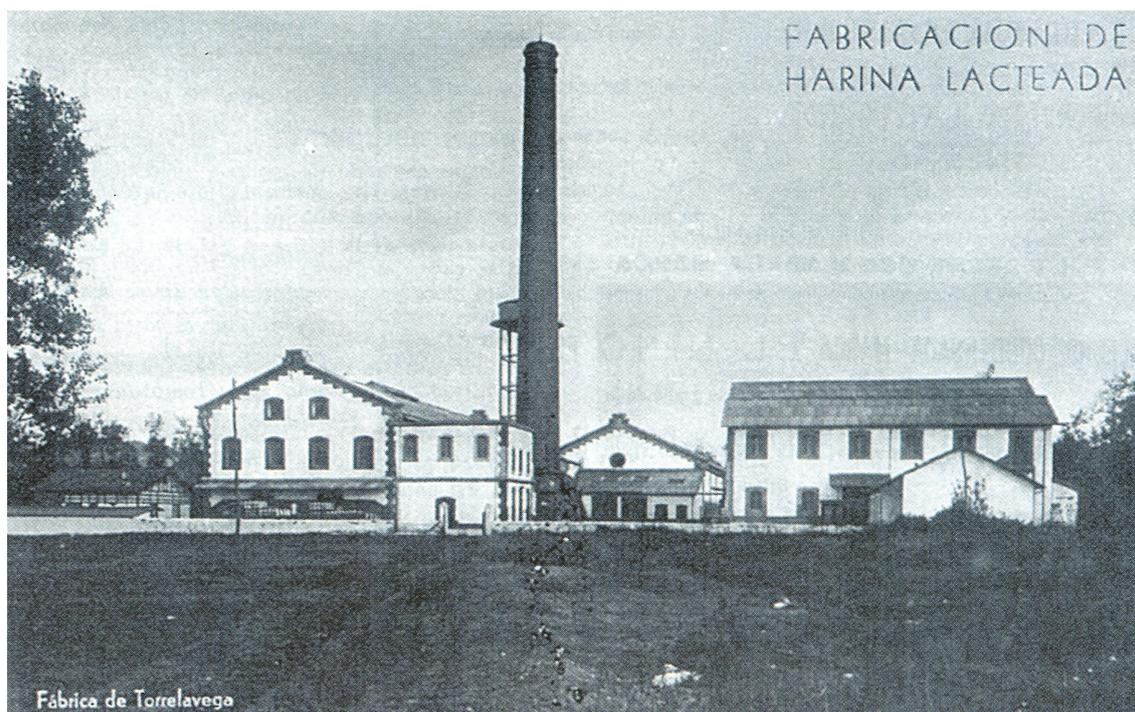


Ilustración 2. Lechera Montañesa. Fuente: (Casado Cimiano, 2000: 135).

En marzo de 1927 comenzó la producción de leche condensada, que, bajo la marca El Niño, que consiguió popularizarse rápidamente en el mercado español³, como quedó de manifiesto en la Exposición Agrícola Hidráulica celebrada en mayo en Barcelona, donde recibió el diploma de honor y la medalla de oro; al año siguiente lograría el primer premio y la medalla de oro en la Exposición de la Alimentación de Madrid.

Para la fabricación de la leche condensada la fábrica recogía en sus inicios entre 27.000 y 28.000 litros diarios de leche que llegaban en ollas esterilizadas a bordo de camiones. Una vez en la fábrica, la leche era refrescada en unos grandes depósitos. Posteriormente, pasaba a otros recipientes para su calentamiento a alta temperatura, sin llegar a la ebullición, quedando perfectamente pasteurizada, sin esterilizar (ilustración 3). A continuación, se agregaba una cantidad proporcional de un jarabe especial compuesto de azúcar y agua, y se sometía a la aspiración en los aparatos Vacuum, donde se cocía a una temperatura inferior a 50 grados y se extraía el agua. Tras este proceso quedaba elaborada la leche condensada que se pasaba por unos aparatos refrescantes y quedaba a temperatura ambiente para poder ser envasada.

En otro departamento se fabricaban las latas donde se envasaba la leche condensada y las cajas donde se expedían (ilustración 4). En los primeros meses salían diariamente de la fábrica de 22.000 a 23.000 latas de diferentes tamaños, desde las más pequeñas de muestras que se repartían gratuitamente como propaganda, hasta las de cinco kilogramos (ABC, 19 de julio de 1927).

³ "Ha triunfado de manera jamás conocida en los mercados españoles donde se vende su producto que ha logrado popularizarse con el nombre de leche condensada marca El Niño" (ABC, 19 de julio de 1927).

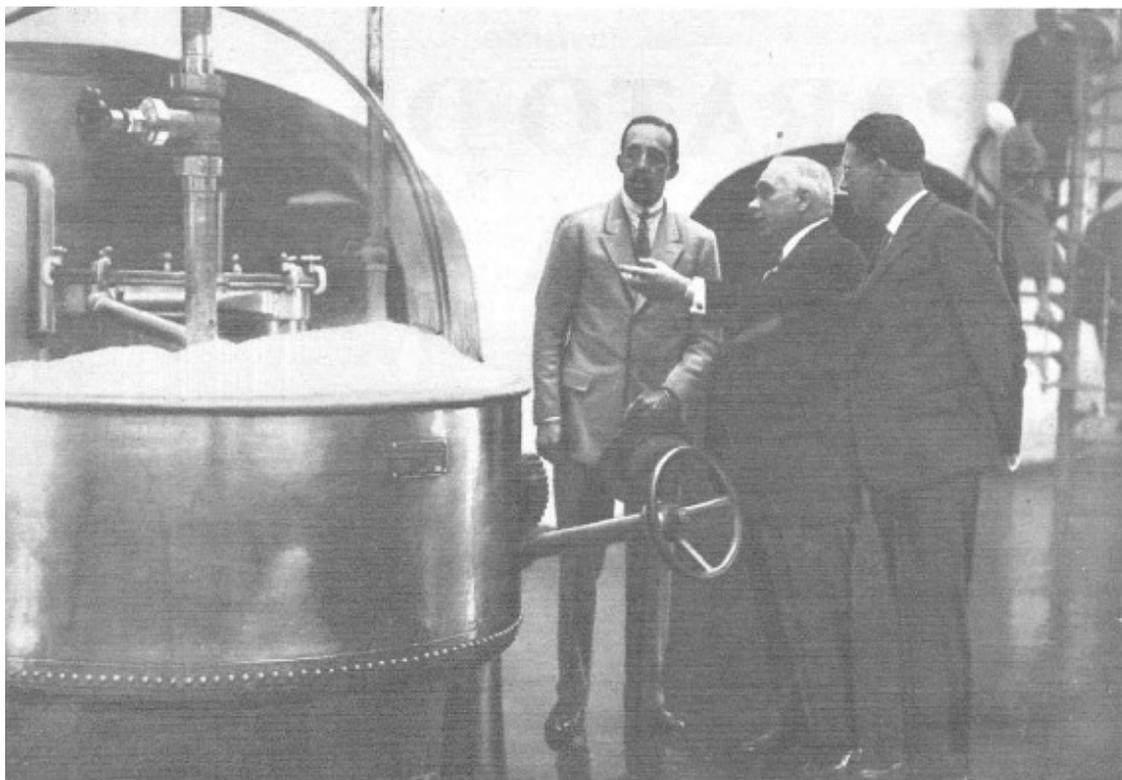


Ilustración 3. El rey Alfonso XIII acompañado del director de la Lechera Montañesa Jorge Opprecht en la sala de pasteurización durante su visita el 21 de agosto de 1927. *Mundo Gráfico*, 7 de septiembre de 1927.

La fábrica y especialmente su leche condensada adquirió rápidamente prestigio en el mercado español, no siendo desdeñable en este éxito el origen nacional de la empresa como una de sus causas. La publicidad inserta en la prensa española mostraba con claridad que se trataba de una marca nacional, de manera que el lector pudiera comparar con la de su principal competidor en el mercado que provenía de una empresa suiza (Ilustración 5). Asimismo, este hecho era destacado en los parlamentos realizados durante las visitas de autoridades como la del rey Alfonso XIII y su esposa Victoria Eugenia, que recorrieron las instalaciones de la fábrica el 21 de agosto de 1927, y la del general Miguel Primo de Rivera, que lo hizo el 28 de julio del año siguiente⁴.

En 1928 las instalaciones y líneas de producción de la fábrica se ampliaron con un nuevo pabellón exento destinado a la producción de harina lacteada. En sus tres plantas estaba dispuesta la maquinaria necesaria para las operaciones de molturación y mezcla para la elaboración de galletas, que una vez molidas se mezclaban con la leche en polvo para obtener la harina lacteada (*La Nación*, 2 de agosto de 1928). Asimismo, se amplió la instalación de leche condensada para poder atender a la creciente demanda del producto; aparte de ser empleada en la alimentación infantil, era también consumida por el Ejército español, que se había convertido en su principal cliente. Para poder cubrir esta inversión el consejo de administración de la empresa había aprobado en la junta general ordinaria de 1927 la ampliación del capital a 10.000.000 pesetas.

⁴ “Su satisfacción porque el capital empleado en dicha industria, que produce en tan enormes cantidades la leche condensada marca El Niño, fuera completamente español, con lo cual los rendimientos de la poderosa industria quedarán siempre en España” (*ABC*, 24 de agosto de 1927).

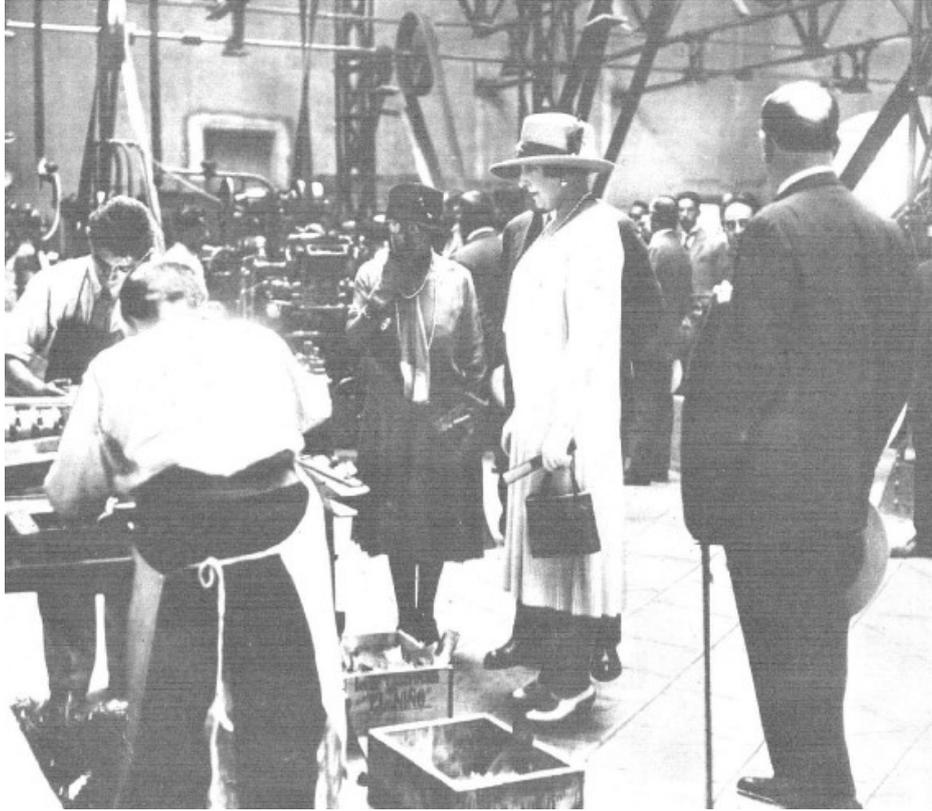


Ilustración 4. La reina Victoria Eugenia en la sala de fabricación de botes durante su visita el 21 de agosto de 1927. *Mundo Gráfico*, 7 de septiembre de 1927.

LECHE CONDENSADA
MARCA
EL NIÑO

Pruebe esta Leche y nos dará la razón

La Leche condensada marca EL NIÑO es todo lo puro, rica en crema y cuidadosamente elaborada que puede ser una leche. Ha sido ensayada y escrupulosamente analizada durante meses enteros antes de ser lanzada al consumo público y siempre con resultados satisfactorios.

Pruébela y tenga la seguridad de que no puede haber nada mejor para criar a sus hijos fuertes, sanos y robustos. Su uso continuo evita las intoxicaciones que suele producir, especialmente en verano, la leche fresca a la que sustituye ventajosamente para todos los usos domésticos.

Es la leche del hogar

Elaborada en Torrelavega (Santander) por la Sociedad Lechera Montañesa A. E. 5.000.000 de pesetas de capital totalmente nacional.

PRODUCTO NACIONAL-MARCA NACIONAL Y CAPITAL NACIONAL

Muestras y folletos gratis a quien los solicite de la Sociedad Lechera Montañesa A. E. Plaza de Cataluña, 17, Barcelona

Ilustración 5. Publicidad de leche condensada El Niño, "Producto nacional, marca nacional y capital nacional", *El Liberal*, 28 de agosto de 1927.

Como se indicó, la pugna por asegurarse el abastecimiento de grandes cantidades de leche fue una de las principales preocupaciones de la empresa. Para ello, en 1928 comenzó a firmar contratos fijos con los ganaderos cántabros, libres de tasas, y por un precio más elevado que el ofrecido por Nestlé. La respuesta de ésta fue la elevación de los precios, entablándose entre ambas una auténtica guerra, que llevaría a la eliminación de los contratos y a la puesta en marcha de nuevo de las tasas (*El Cantábrico*, 30 de abril de 1930). De esta manera, los ganaderos que momentáneamente habían gozado de una buena situación económica, al cabo del tiempo vieron como los precios que pagaban por su leche se desmoronaban. La disputa entre ambas sociedades se trasladó también a los tribunales, por cuanto una sociedad suiza interpuso un recurso ante el Tribunal Supremo por el uso de la imagen publicitaria de un niño saliendo de un bote de leche condensada. La sentencia fue favorable para la Lechera Montañesa, que no ocultó en un comunicado su convencimiento de que Nestlé estaba detrás de este recurso (*ABC*, 27 de febrero de 1927).

El resultado de esta competencia empresarial puede resultar sorprendente. A finales de octubre de 1930 comenzó a circular el rumor en Santander y Torrelavega de que Nestlé había comprado la fábrica de la Lechera; de hecho, se sospechaba que el personal contratado por la nueva empresa que había pertenecido a Nestlé podría haber intervenido en el proyecto de absorción (*El Cantábrico*, 4 de noviembre de 1930). El rumor se confirmó semanas más tarde: Nestlé había adquirido más de la mitad de las acciones de la Lechera (*El Cantábrico*, 1 de enero de 1931), para asegurarse una posición privilegiada a la hora de hacer frente a la Cooperativa que se acababa de formar como Sección de Ventas en Común de la Federación Montañesa Católico-Agraria que, bajo la razón social SAM (Sindicatos Agrícolas Montañeses), tenía previsto abrir una fábrica transformadora en la región. Para mayor incertidumbre sobre el futuro de la fábrica de Torrelavega el anuncio coincidió con una huelga que la tuvo cerrada varios días, por lo que la leche recogida se desvió hacia la fábrica de La Penilla.

En mayo de 1933 Nestlé y Lechera Montañesa anunciaron que debido al enorme stock de leche condensada en sus almacenes y la gran cantidad de leche fresca que se presentaba en los puestos de recogida, unido a una crisis de consumo de productos elaborados, habían decidido reducir el área de recogida de leche en la región (*El Cantábrico*, 18 de mayo de 1933). Era consecuencia de la guerra entablada entre empresas y entre éstas y los ganaderos en los años anteriores por el precio de la leche y las tasas impuestas, que se prolongaría hasta 1937 (Domínguez Martín y De la Puente Fernández, 2001).

La entrada de Nestlé en el capital social de la empresa tuvo consecuencias a corto plazo, por cuanto se desmontó la maquinaria de fabricación de leche condensada que fue trasladada a la factoría de Nestlé, quedando la fábrica de Torrelavega como auxiliar de la de La Penilla dedicada a la fabricación de harinas lacteadas y algún producto dietético (Ministerio de Agricultura, 416).

Este cambio se reflejaba en la cantidad de leche recogida en la fábrica. Mientras hasta 1935 el número de ganaderos proveedores no bajaba de 2.400 que anualmente entregaban más de seis millones de litros de leche, llegando incluso en 1929 a entregar más de diez millones, paulatinamente se fue reduciendo el número de proveedores y la cantidad entregada, que en los años cuarenta no llegaba a los dos millones de litros (Arche Hermosa, 1945: 89-90). Territorialmente, en los años de mayor producción el área de recogida abarcaba gran parte de la franja costera occidental de Cantabria, mientras que

en los últimos años contaba con tan sólo 19 puestos de recogida en el área más próxima a la fábrica (Ministerio de Agricultura, 416).

En 1947 la fábrica mantenía una plantilla 57 obreros con una capacidad de producción de 70.000 litros de leche diarios para obtener productos derivados de la leche (Consejo de Industria, 1947: 88); mediada la década siguiente tan sólo contaba con 46 obreros (Hernández Morales y Lastra Santos, 1956: 24), lo que mostraba el declive de la actividad industrial de la fábrica, que conllevaría a su cierre poco después.

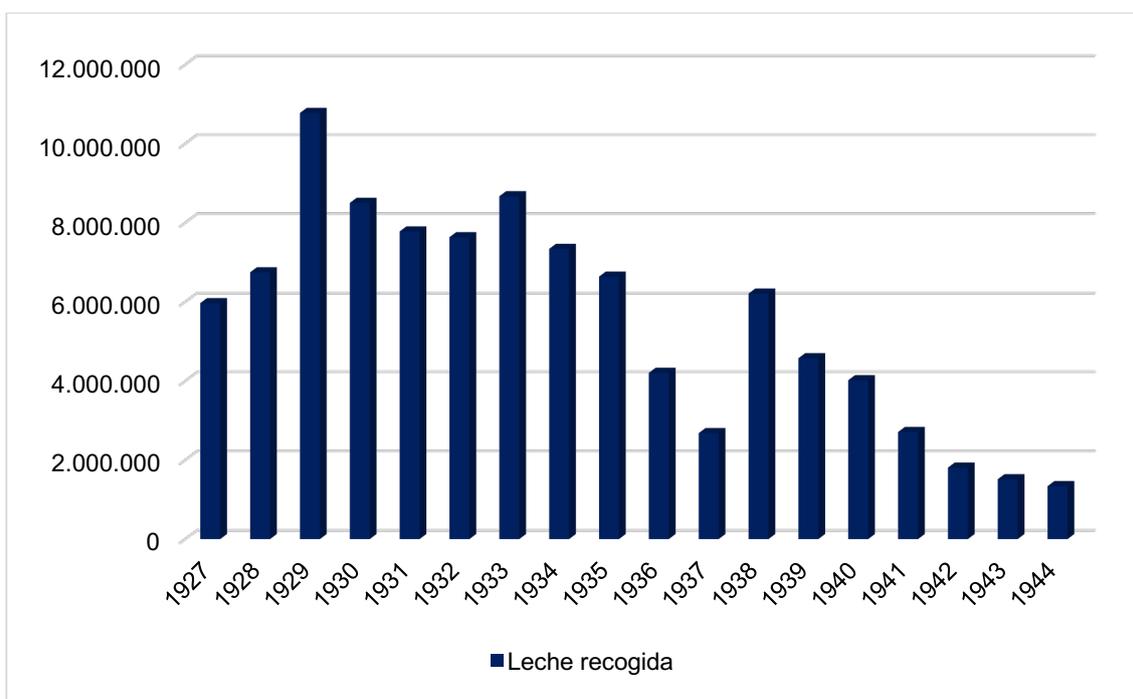


Gráfico 2. Leche recogida en la fábrica, 1927-1944, en litros. Fuente: elaboración propia a partir de Arche, 1945.

4.- Última etapa terciaria: Feria de Muestras de Cantabria

Una vez cesada la actividad lechera, el conjunto fabril fue adquirido en 1970 por Sniace para utilizarlo como almacén de materiales. En 1984 la empresa, sumida en una profunda crisis y necesitada de deshacerse de activos, vendió las instalaciones al Ayuntamiento de Torrelavega. En esos momentos el Gobierno Regional, por su parte, estaba pergeñando la idea de rehabilitar el edificio industrial y dotarle de un nuevo uso. Una idea que estuvo a punto de salir adelante fue su utilización como sede de un museo industrial regional; si bien no fructificó, algunas empresas de la comarca cedieron al ayuntamiento maquinaria que había quedado en desuso y que posteriormente se colocaría en los jardines del complejo a modo de “esculturas industriales”.

A primeros de enero de 1985, tras una reunión entre Ayuntamiento y Gobierno Regional, junto a representantes de otras entidades como la Cámara de Comercio de Torrelavega, se decidió destinar La Lechera a pabellón permanente de Ferias y Exposiciones Comerciales. La ciudad de Torrelavega acogía en ese momento dos ferias de gran proyección: desde 1974 el Salón del Mueble y la Decoración del Norte de España y desde 1981 Expoláctea, dedicada al sector lechero y vacuno; ambas se celebraban en el Mercado Nacional de Ganados, ante la falta de un recinto ferial apropiado (*Centenario*, 2014, 216).

El proyecto sería financiado por el Ayuntamiento de Torrelavega, que aportaría 46 millones de pesetas, y el Gobierno Regional, que contribuiría con 30, en ambos casos con cargo a los presupuestos de 1985 y 1986 (*AHMT*, Legajo 158, Expediente 25); asimismo contaba con financiación europea dentro de un programa de rehabilitación de edificios industriales (*Centenario*, 2014, 217).

Las obras de rehabilitación fueron adjudicadas en febrero de 1985 con el objetivo de tener todo dispuesto para que en junio se pudiera celebrar la Feria del Mueble de Torrelavega en el remozado recinto. Las obras se iban a centrar inicialmente en la nave principal y en su exterior; sin embargo, mientras se estaban llevando a cabo el Ayuntamiento de Torrelavega consideró necesario extender la ejecución a otras tres naves adyacentes y actuar también en el interior de todas las naves.

El proyecto de reforma firmado por el arquitecto Antonio Guzmán contemplaba la reutilización de ocho pabellones y un sótano (Ilustración 6). Cinco de los pabellones tendrían un uso permanente para acoger los servicios propios de un equipamiento de este tipo, como oficinas, salón de actos, recepción, etc., e incluso un museo de la industria local y un laboratorio. Dos pabellones estarían destinados al recinto ferial que conjuntamente sumaban más de 3.000 metros cuadrados de superficie. El último pabellón denominado polivalente podría acoger diversas actividades como conciertos, representaciones teatrales, etc. Asimismo, se preveía la ampliación del espacio en tres fases para poder contar con otros 1.400 metros cuadrados destinados a ferias (*AHMT*, Legajo 01436). Para los nuevos usos previstos fue necesario crear espacios diáfanos, por lo que se procedió a la eliminación de las divisiones interiores heredadas de su etapa fabril.

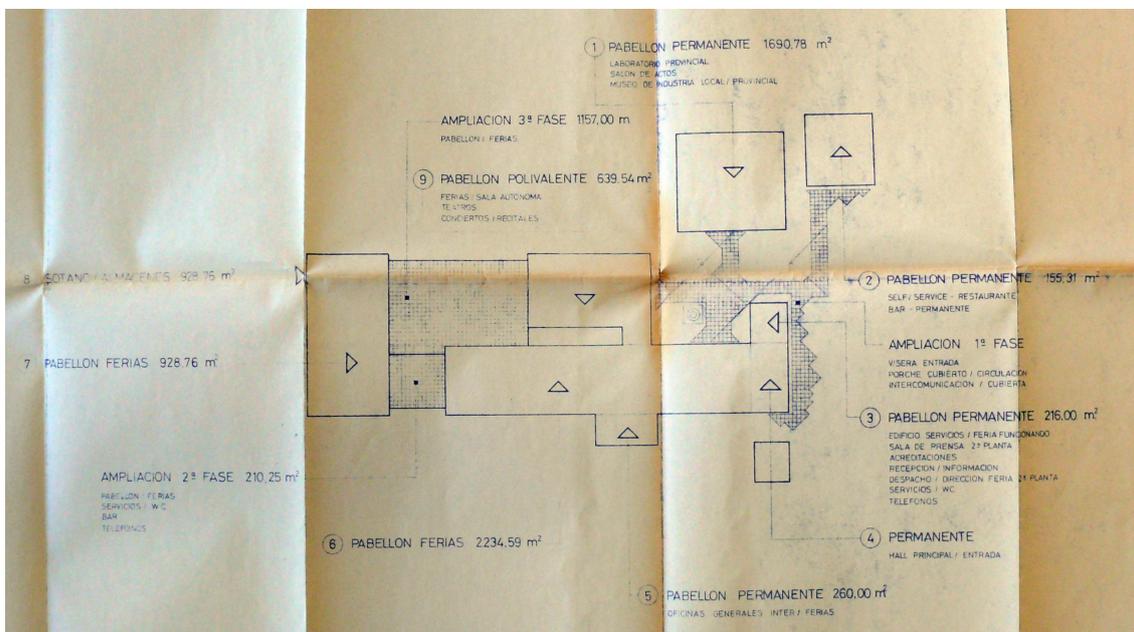


Ilustración 6. Plano de la planta de zonificación de la rehabilitación del complejo La Lechera, arquitecto Antonio Guzmán. Archivo Municipal de Torrelavega, Legajo 01436.

La inauguración oficial del edificio de la Feria de Muestras de Cantabria, su denominación oficial, aunque popularmente sea conocido como La Lechera, no se realizó en el plazo previsto debido a las referidas reformas del proyecto. Se tuvo que esperar a

junio de 1987, con motivo del Salón del Mueble, para realizar el acto con la presencia del alcalde de Torrelavega y el presidente del Gobierno Regional. La gestión quedó en manos del Consorcio Provincial de Promoción y Desarrollo de Ferias y Certámenes, participado por ambas instituciones y las Cámaras de Comercio de Torrelavega y Santander (*Centenario*, 2014, 219).

Anualmente se fueron celebrando con éxito las ferias de Automoción, de Antigüedades, Hostal-Alimentaria, Hábitat, Expoláctea, Liquidación-Stock, etc., si bien a partir de 2002 tuvo la competencia del Palacio de Exposiciones y Congresos ubicado en Santander.

Las políticas de austeridad tomadas tras la crisis económica de 2008 afectaron a la Feria de Muestras, que celebró su última feria, la de Antigüedades en agosto de 2010. Las deudas contraídas y, sobre todo, el abandono del Consorcio por parte del Gobierno Regional firmó su sentencia de muerte; irremediabilmente, ante su inviabilidad económica, tuvo que ser disuelto.

En 2012 la actividad ferial se retomó por parte del Ayuntamiento que creó la sociedad Feria de Muestras de Torrelavega. Tras el acondicionamiento necesario la nueva etapa se abrió con la Feria de Automoción. Sin embargo, su vida fue muy corta, por cuanto en 2016 la sociedad fue liquidada por problemas financieros.



Ilustración 7. Vista general del conjunto. De izquierda a derecha el edificio principal, el depósito de agua, la chimenea y el antiguo edificio de harinas lacteadas. En primer plano, máquinas cedidas por empresas de la comarca en los años ochenta. Octubre 2019. Colección del autor.

Desde entonces, La Lechera carece de un órgano específico que respalde las actividades a desarrollar en su interior, por lo que es el propio consistorio el encargado de su gestión.

A lo largo de estos años han surgido diversas ideas para dotarle de nuevos usos. En 2016 el recinto fue ofrecido por el Ayuntamiento de Torrelavega como sede del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, una vez que el Ayuntamiento de Santander decidiera destinar el edificio del Banco de España, que iba a ser su nueva sede, para alojar la colección Lafuente del Museo Reina Sofía. Tras una cierta polémica a nivel local, se desestimó el ofrecimiento.

A finales de enero de 2020 el Ayuntamiento de Torrelavega aprobó un convenio marco con el Gobierno de Cantabria para la creación de un espacio cultural en la antigua fábrica. En principio, albergará la Colección Norte, propiedad de la comunidad autónoma, si bien en un futuro se pretende que también sea la sede de las escuelas culturales municipales o la adecuación de una de las naves para industrias culturales. Los siguientes pasos habrán de ser la convocatoria de un concurso de ideas para su rehabilitación y la redacción del proyecto de ejecución.

5.- Valoración del elemento industrial

La valoración cultural de un elemento del patrimonio industrial no puede regirse por los parámetros empleados con respecto a otras tipologías patrimoniales. Su valor estético o su antigüedad difícilmente pueden ser tenidos en cuenta, dado que la razón de ser de un edificio industrial fue esencialmente funcional y en general sin intencionalidad artística y, a su vez, cronológicamente su construcción nos remite a un tiempo cercano, rara vez anterior al siglo XIX. Por tanto, han de manejarse los otros valores que el patrimonio industrial atesora, como su integridad y autenticidad.

El Plan Nacional de Patrimonio Industrial, promovido por el Ministerio de Cultura a través del Instituto del Patrimonio Histórico Español aprobado en 2001 y revisado en 2011, estableció un punto de partida acerca de los criterios de valoración de los bienes industriales⁵. Tomando como referencia estos criterios, pero sin hacer una valoración tan sistemática como se propone el Plan, podemos ir definiendo los valores de este edificio industrial. No obstante, hay que tener en cuenta previamente dos cuestiones: en primer lugar, nos encontramos con una antigua fábrica que albergó dos actividades industriales diferentes durante su vida productiva, lo que dio lugar a un proceso de adaptación que lógicamente supuso la desaparición de algunos elementos originales y la construcción de otros nuevos; y en segundo lugar, tras un tiempo de abandono el edificio se rehabilitó como recinto ferial lo que supuso la eliminación, por ejemplo, de su compartimentación interna en busca de espacios diáfanos. Incluso hemos de señalar, si bien parece obvio, que en su devenir histórico se eliminó cualquier maquinaria que pudiera conservarse en su interior.

Aunque el edificio original sufrió algunas modificaciones para adaptarse a la producción de leche condensada, en su aspecto exterior estos cambios no han sido tan evidentes, de manera que formalmente se puede identificar perfectamente con una vieja azucarera (Ilustración 7). Precisamente, el recuerdo de su época azucarera implica que sea el mejor testimonio del sector que surgió a finales del siglo XIX en el Norte de España, ya que desgraciadamente en Asturias tan sólo se mantienen en pie algunos edificios ruinosos y la azucarera mejor conservada, la de Pravia, en su reciente restauración eliminó algunos elementos singulares como la chimenea. Si queremos descubrir buenos ejemplos de

⁵ El Plan Nacional de Patrimonio Industrial y los criterios de valoración se pueden consultar en su web: <<http://www.culturaydeporte.gob.es/planes-nacionales/planes-nacionales/patrimonio-industrial.html>>.

azucareras del siglo XIX o principios del XX debemos cruzar la Cordillera Cantábrica para encontrar las de Vitoria, Valladolid, Villamuriel de Cerrato o Boñar.

En su etapa lechera, como señalamos, se transformaron algunos pabellones, la torre de filtros fue eliminada, se instaló un depósito aéreo de agua, se construyó un nuevo pabellón para la fabricación de harina lacteada, etc. No obstante, estos añadidos no desvirtúan en ningún modo la visión de un conjunto armónico. Sirva como ejemplo el edificio exento de harina lacteada, cuyas tres naves mantienen su planta rectangular, el tejado a dos aguas y los vanos de arco rebajado, característicos de las naves de la azucarera.



Ilustración 8. Antiguo edificio de harinas lacteadas, hoy sede del Centro de Investigación del Medio Ambiente (CIMA) del Gobierno de Cantabria. Octubre 2019. Colección del autor.

Este edificio industrial tiene un indudable valor histórico. La Azucarera Montañesa fue la primera fábrica moderna instalada en un municipio que a finales del siglo XIX sobresalía por su carácter comercial gracias a ser una encrucijada de caminos en Cantabria, donde confluían los viejos caminos carreteros y las modernas vías férreas que conectaban entre sí las ciudades de la costa cantábrica y Santander con el interior de la Península, sin desdeñar su proximidad al puerto de Requejada. Era un lugar idóneo para la localización de la industria, y así lo veremos a lo largo del siglo siguiente, que convertirá a Torrelavega en la capital industrial de Cantabria.

Además, el emplazamiento elegido para instalar la fábrica tenía en su momento un cierto carácter simbólico, por cuanto allí, como señalamos, se ubicó la fábrica de hilados del Duque del Infantado a finales del siglo XVIII, y se encontraba muy próxima a una de las fábricas harineras que tanta importancia tuvieron a lo largo del siglo XIX en el río Besaya.

La fábrica respondía a un sustancial cambio que se intentaba provocar en la agricultura de Cantabria: el paso de una economía campesina de subsistencia a la agricultura industrial. A finales del siglo XIX el terrazgo cántabro estaba ocupado principalmente por cultivos tradicionales como el maíz, pero el campesino no se mostró muy receptivo a aceptar un cultivo industrial como la remolacha azucarera. En los años veinte cuando se planteó dotar de un nuevo uso industrial al edificio abandonado la opción lechera parecía evidente. En Torrelavega se iba asentando esta industria desde principios de siglo, primero para el abastecimiento de leche fresca al interior peninsular y posteriormente para la fabricación de derivados lácteos. Por tanto, la instalación de una fábrica lechera tendría que haber resultado un éxito, si no hubiera habido otros intereses empresariales. No obstante, también la nueva orientación productiva mostraba que el campo de Cantabria se había transformado y los viejos cultivos de cereal cedían terreno a los prados para alimentar al ganado vacuno de leche.



Ilustración 9. Edificio principal. Octubre 2019. Colección del autor.

El paisaje industrial de Torrelavega no se entendería en la actualidad sin este edificio, pese a que lo largo del siglo XX se instalaron en el municipio grandes empresas como Solvay, Sniace o Continental que ocuparon extensas superficies de terreno. Pese a su comparativamente escaso porte todavía su chimenea se alza por encima de otros edificios residenciales o fabriles, formando un elemento identificativo del skyline de la ciudad (Ilustración 9).



Ilustración 10. Vista posterior del conjunto. En primer plano, los almacenes. Octubre 2019. Colección del autor.

Como se indicaba, a la hora de valorar un edificio industrial se suele tener en cuenta su potencial para albergar nuevos usos. En este caso, es obvio que la versatilidad y el buen estado de conservación del edificio permitió su acondicionamiento como feria de muestras regional en los años ochenta (Ilustración 10). No obstante, habría que indicar que una vez dejó de ser la sede de la feria de muestras se ha hecho evidente el deterioro de algunos de sus elementos. En la chimenea se pueden observar diversas patologías que afectan a la conservación de la fábrica de ladrillo, especialmente en la parte superior, la más expuesta a los agentes meteorológicos. En este punto no se debe olvidar que una de las razones que expuso la directora regional de Patrimonio Cultural cuando se incoó el expediente para su declaración como Bien de Interés Cultural era la posibilidad de “optar a las ayudas del Ministerio de Fomento para la rehabilitación del inmueble”.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHE HERMOSA, F. (1945): El ganado vacuno en la Montaña. Santander: s.e.

Centenario de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Torrelavega (2014). Torrelavega: Cámara de Comercio, Industria y Servicios de Torrelavega.

CORBERA MILLÁN, M. y SIERRA ÁLVAREZ, J. (2007): “Chimeneas en la aldea: las transformaciones inducidas por la instalación de Nestlé en La Penilla de Cayón (Cantabria), 1902-1935”. Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales, vol. XI, nº 231. En línea: <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-231.htm>> [Consulta: 10.05.2019].

BARAJA RODRÍGUEZ, E. (1994): La industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

CANDELA, P., CASTILLO, J. J. y LÓPEZ GARCÍA, M. (2002): Arqueología industrial y memoria del trabajo: el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950. Aranjuez: Ed. Doce Calles.

CASADO BELLAGARZA, J. L. (2015): La colonia agrícola de San Pedro Alcántara, 1857-1910. Málaga: Publicaciones y Divulgación Científica, Universidad de Málaga. En línea: <<https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/9923>> [Consulta: 04.04.2019].

CASADO CIMIANO, P. (2000): Siglo y medio de historia de la industria lechera de Cantabria. Torrelavega: Ed. Besaya.

CEBALLOS TERESÍ, J. G. (1914): El problema azucarero. Madrid: s.e.

CONSEJO DE INDUSTRIA (1947): Momento actual de la industria en España. Provincias de Oviedo y Santander. Madrid: Publicaciones del Consejo de Industria.

CUETO ALONSO, G. J. (2006): La minería del hierro en la Bahía de Santander, 1841-1936. Un estudio de Geografía Histórica. Santander: Consejería de Medio Ambiente de Cantabria, Centro de Investigación del Medio Ambiente.

CUETO ALONSO, G. J. (2011): “La Lechera Montañesa”. En: BIEL IBÁÑEZ, M. P. y CUETO ALONSO, G. J. (Coord.): 100 elementos del Patrimonio Industrial en España. Zaragoza: TICCIH-España, Instituto del Patrimonio Cultural de España, pp. 152-153.

DIRECCIÓN GENERAL DE ADUANAS: Producción y circulación de azúcares, achicoria y alcohol industrial (1899-1919).

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. y DE LA PUENTE FERNÁNDEZ, L. (2001): “Ganadería e industrialización láctea. La formación del complejo agroindustrial lechero en Cantabria y su integración vertical, 1905-1936”, en VII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica, Zaragoza, 19-21 de septiembre de 2001, 44 págs.

DONOSO, A. M. (1912): Desenvolvimiento de la industria azucarera en España y en especial de las fábricas de azúcar de remolacha. Desde 1899 hasta 1911. Madrid: Sucesores de J.A. García.

FUERTES ARIAS, R. (1902): Asturias Industrial. Oviedo: Alvízorras Libros. (Facsimil de la edición de 1902 con prólogo de Ramón M.^a Alvargonzález).

HERNÁNDEZ MORALES, Á. y LASTRA SANTOS, D. (1956): Estudio de las Poblaciones Españolas de 20.000 habitantes. Análisis de Torrelavega. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

MINISTERIO DE AGRICULTURA (1949): Mapa Agronómico Nacional. Valles del Besaya y del Pas. Madrid: s.e.

MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1987), “La industria azucarera española, 1914-1936”, *Revista de Historia Económica*, año nº 5, nº 2, pp. 301-323.

MARTÍNEZ SOTO, Á. P. y ROSADO CUBERO, A. (2017): “El fracaso del cártel la Sociedad General Azucarera de España: un análisis desde la legislación sobre este sector industrial (1899-1931)”, en XII Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica. Salamanca, 6-9 de septiembre de 2017, 28 págs.

ORTEGA VALCÁRCCEL, J. (1986): *Cantabria 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna*. Santander: Ed. Estudio.

QUIROSA GARCÍA, V. (2018): “El patrimonio industrial remolachero en la costa Norte de España”. En CASTILLO RUIZ, J. y ROMERO GALLARDO, A. (Coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*. Granada: Universidad de Granada, pp. 309-334.

SÁNCHEZ GÓMEZ, M. A. (1995): *Torrelavega, tres siglos de historia. Análisis de un crecimiento*. Santander: Universidad de Cantabria.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, F. J. (2014): *La arquitectura del azúcar en la Andalucía Oriental*. Granada: Universidad de Granada. En línea: <<http://hdl.handle.net/10481/31336>> [Consulta: 04.04.2019].

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, F. J. (2018): “El cultivo de la remolacha y la fabricación de azúcar en España. Panorama general”. En CASTILLO RUIZ, J. y ROMERO GALLARDO, A. (Coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*. Granada: Universidad de Granada, pp. 59-78.

Fuentes archivísticas

Archivo Histórico Provincial de Cantabria (AHPC): Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 131.

Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM): Notario Bruno Pascual Ruilópez, Protocolo 42542, Número 247.

Archivo Histórico Municipal de Torrelavega (AHMT): Legajo 158, Expediente 25; Legajo 01436.

Fuentes hemerográficas

Boletín Oficial de Cantabria: 28 de agosto de 2019.

El Correo de Cantabria: 11 de noviembre de 1898.

El Cantábrico: 11 de diciembre de 1898, 14 de junio de 1903, 16 de febrero de 1909, 26 de enero de 1926, 27 de abril de 1926, 25 de mayo de 1926, 15 de junio de 1926, 30 de abril de 1930, 4 de noviembre de 1930, 1 de enero de 1931, 18 de mayo de 1933.

La Atalaya: 19 de diciembre de 1898, 5 de diciembre de 1899.

La Producción Montañesa, 26 de noviembre de 1903.

El Aviso, 14 de enero de 1899.

Mundo Gráfico, 6 de octubre de 1926.

ABC, 27 de febrero de 1927, 28 de mayo de 1927, 19 de julio de 1927, 24 de agosto de 1927.

La Nación, 2 de agosto de 1928.

Webs

Plan Nacional de Patrimonio Industrial <<http://www.culturaydeporte.gob.es/planes-nacionales/planes-nacionales/patrimonio-industrial.html>>